

LA PACIFICACION



Cor. GUILLERMO RODRIGUEZ LIEVANO

La paz ha sido en todo los tiempos la aspiración máxima de los pueblos, el anhelo de la humanidad para sobrevivir al medio hostil e implacable en que se desarrolla, y el fin primordial de la sociedad en la búsqueda y obtención de la felicidad; es considerada como factor dominante en las relaciones humanas y se manifiesta en forma metódica en el campo internacional y en el ámbito interno, para perpetuar los derechos humanos y las garantías sociales que regulan la marcha de las naciones.

El concepto de paz ha creado dentro del Estado, el de seguridad, y ésta a su vez es causa de la formación de un organismo activo, dinámico y evolutivo, como elemento fundamental que

dirige todo su esfuerzo hacia el mantenimiento del equilibrio interno en las relaciones humanas y la protección de los intereses globales de las naciones en el campo internacional.

La situación ideológica del mundo contemporáneo en los conceptos filosóficos, materialistas y espiritualistas se encuentra en permanente disputa, ha ocasionado un recelo recíproco en las relaciones de los países y un gran incremento de los elementos de seguridad, que les permita a éstos en un momento dado, evitar y controlar la acción extranjera dirigida contra todos aquellos vínculos espirituales, intelectuales, técnicos, económicos y políticos que conforman la Unidad Nacional.

En los orígenes de la formación del Estado, encontramos como elemento primordial de éste, la organización de grupos especiales de la sociedad destinados al fin específico de la seguridad, y su existencia en el campo real no ha obedecido al capricho del gobernante, a los intereses de facciones que luchan por el poder o a grupos ideológicos que orientan su esfuerzo hacia la destrucción de filosofías opuestas a sus intereses, no; esta fuerza es una necesidad vital de los pueblos, un impulso nacido en los mismos fines del Estado que ve a través de éstas la salvaguardia de sus intereses, y la proyección de su cultura política hacia el futuro como elemento patrimonial.

Colombia en su desenvolvimiento histórico ha tenido profundas disensiones en el seno de su sociedad política y de su sociedad económica, que la han ido llevando de contienda civil en contienda civil, dejando éstas lógicamente en el espíritu de la nación inmensos resentimientos ideológicos, religiosos y económicos como secuelas directas de las discrepancias de su pueblo. Lo que ayer se definía en el campo de batalla siguiendo una bandera política, hoy tiene que tratarse en el campo internacional mediante la búsqueda técnica y cuidadosa de la influencia foránea interesada en crear conflictos que rompan la unidad nacional e implanten ideologías nuevas que permitan en el futuro desarrollar, a potencias mundiales, programas de vasto alcance político.

El siglo pasado fue una baraúnda de enfrentamientos armados, el país que apenas había salido de la Colonia, se vió abocado a una situación de nación libre con todos los complejos problemas que este estado conlleva, la anarquía hizo su aparición y grandes intereses económicos y raciales se enfrentaron desde los albores de la independencia; la misma organización del Estado fue una colcha de retazos; to-

mando de todo lo conocido fundamentos para estructurar un Estado en el cual el espíritu de la lucha permanente había creado grupos alrededor de los personajes más destacados que combatieron en la Independencia y ocasionando grietas insalvables en la estructura de la sociedad, dando comienzo a una tragedia que cubrió de sangre todos los rincones de la Patria, sacrificó el progreso en aras de la lucha fratricida y produjo la más grande laguna en el desarrollo cultural y económico de la Nación.

Este período turbulento en la formación de nuestra nacionalidad se caracterizó por el afianzamiento de pasiones personales y de partido, discurrió entre el ambiente cargado de odio y rencor de una sociedad que es estimulada hacia el antagonismo ideológico, que busca como punto de escape a su odio acumulado, la guerra, la muerte y la aniquilación de todos aquellos que no participan de sus mismos principios dando origen a la violencia en todo el ámbito de la Nación y presentándose en los comienzos del siglo XX como un distintivo peculiar de la sociedad colombiana. La guerra de los Mil Días que sirvió de epílogo a aquel pasado abundante en discrepancias y hechos de armas, hacen volver los ojos a los sobrevivientes de esta gran tragedia y pensar en el reencuentro de una sociedad con el concepto de Patria, en donde un pueblo ha de tomar el camino de su propio destino, organizarse, desarrollarse y enfrentarse a las transformaciones que se suceden en los otros países del mundo contemporáneo con optimismo, trabajo, sacrificio y unidad nacional.

Pero este pasado, abundante en hechos, conforma una mentalidad apasionada y egoísta en las generaciones nuevas que han de transmitirle a los estamentos de la nación el concepto de lucha y de antagonismo, situación que se ha de agravar con la presencia real

de influencias extranjeras que pregonan nuevas doctrinas políticas y sistemas de la conducción de los pueblos y enfrenta a la sociedad tradicional en la lucha de clases.

La aparente tranquilidad social que siguió a aquel pasado, sirvió para ordenar los conceptos a disposición del Estado para preservar la paz como fin primordial en la marcha y estabilidad de la sociedad. Así, nació en 1907 el Ejército Nacional como elemento del estado, orientado hacia la seguridad de la Nación y con el fin constitucional de "guardar el orden interno y proteger la soberanía". Desde sus comienzos se le alejó de las luchas de partido y le fue vedada la deliberación en asuntos políticos y religiosos. Las escuelas de formación de Oficiales para llenar los cuadros del nuevo Ejército se levantaron sobre basamentos puramente castrenses, lejos de influencias ideológicas y con misión de servicio a la República; así apareció la Institución Nacional que a través del tiempo habría de mantener la paz social y la integridad del territorio.

Pero las secuelas de un siglo de batallar conforman una sociedad insatisfecha, ambiciosa y frustrada que busca mantener a toda costa los antagonismos pasados.

La violencia armada instaurada en el territorio como consecuencia de las contiendas políticas evolucionó y se acondicionó a las diferentes épocas, se explotó como medio eficaz para mantener la hegemonía en el poder u oponerse a éste, pasó al campo para obligar al abandono de las tierras y al usufructo de éstas por gentes que no estaban ligadas por vínculos de sangre o de afecto con los desplazados, se adentró en los pueblos y ciudades para crear la inseguridad y alterar la paz social, se escudó en los campanarios de las iglesias y se organizó en guerrillas bajo las banderas de la libertad, el comunismo o cualquier otro pretext-

to ideológico, falacia, o fechoría e izó sus banderas sobre los mutilados cuerpos de los campesinos laboriosos e inermes o sobre soldados jóvenes e inocentes que creyeron ver en sus verdugos un ser social fácil de redimir.

Esta época, negra en la historia de Colombia, nos llevó al borde del abismo de la desintegración, enterró con sus miles de muertos grandes riquezas materiales y espirituales y dejó al país en la más abyecta pobreza económica, moral e ideológica. Pero este derrumbe moral que vinculó a la historia colombiana los más oscuros y trágicos personajes, enfrentó a las Fuerzas Militares a un enemigo cruel y despiadado que estaba en todas partes, que se movía en la sombra instigado por intereses bastardos nacionales y extranjeros y que perseguía como objetivo la destrucción moral de la sociedad para implantar un nuevo orden.

La lucha fue larga y permanente, los hombres solitarios de las Fuerzas Armadas llenos de fe, con grandes esperanzas, deambulaban por valles y veredas protegiendo, aún con su propia vida, a millares de humildes campesinos que veían llegar la noche con espanto y como final a sus ansias de vida. La violencia sacrificó al inocente por serlo, a la mujer y al niño por placer y al soldado cuando era presa de una emboscada urdida a la sombra de los senderos, porque representaba la majestad de la Patria y el principio fundamental del derecho a la vida.

Muchos Oficiales, Suboficiales, Soldados y Campesinos fueron inmolados en aras de la pacificación; en los campos se enseñoreó la crueldad en sus formas más salvajes y primitivas y en las ciudades el secuestro separó para siempre a los hogares y privó a la Nación de valiosos hombres de la industria y del campo; todo parecía sucumbir ante el espectro de este flagelo, pero las Fuerzas Militares firmes en sus propósitos tradicionales, amantes

del derecho y con un gran sentido de responsabilidad enfrentaron el problema que estaba conduciendo a la Nación a su virtual desintegración y mediante un reajuste de sus planes de operaciones y las grandes experiencias adquiridas durante muchos años, iniciaron la recuperación del territorio conquistando una por una todas las áreas dominadas por ideólogos en su mayoría extranjeros o bajo la dirección de éstos e implantando el respeto a la Ley y a las autoridades legítimas.

La presencia del soldado nunca fue ni será sinónimo de muerte, él siempre ha sido un mensajero de la paz que se vió obligado a luchar para conseguirla. El, como elemento activo de la sociedad ampara el derecho que se le niega al débil, lleva en sus manos las armas de la República para emplearlas si fuere necesario, pero en su alma, en su formación y en sus convicciones, sabe que es un elemento de vida, de unión entre los colombianos, es seguridad de la sociedad, de concordia y de derecho, y que su misión irrumpirá sobre todos aquellos grupos de la nación que desconozcan las normas que rigen las relaciones humanas del pueblo colombiano y sus legítimas autoridades.

Hoy, ha vuelto a revivir el campo, la economía agraria labora bajo la tutela de la paz y en los lugares más recónditos de la patria el pabellón nacional ondea como símbolo de unidad de una Nación soberana que se enfrenta al futuro con fe, devoción y esperanza.

La pacificación no es hoy una utopía, sino una realidad, se respira en la comarca, en el pueblo y en la ciudad, el soldado ha revaluado patrimonios morales y materiales que se consideraban perdidos, y como elemento del pueblo colombiano ha ganado la fé y la confianza de sus compatriotas, pero este resultado no se ha conseguido con el empleo convencional de las Fuer-

zas Militares en las zonas afectadas por la violencia, sino por la integración de planes a corto, mediano y largo plazo con los cuales se persigue atacar por su base las causas mismas del problema evitando la destrucción de las obras de progreso, adentrándose en el espíritu de la población para solucionar sus problemas materiales primarios y al través de éstos obtener la aceptación espiritual de confianza y de fé en las Fuerzas Armadas.

Esta labor es fatigosa, ardua y permanente por cuanto hay que desarraigar el persistente adoctrinamiento de ideologías marxistas y revolucionarias, que vienen por años trabajando en sus propósitos anárquicos y explotan en su beneficio las necesidades humanas que los escasos recursos, deficiente organización y gran analfabetismo nacional, no han podido solucionar.

Las Fuerzas Armadas informadas de estas causas, han dirigido su acción reivindicatoria hacia la solución de estos problemas mediante la penetración militar en las zonas afectadas por la violencia, no como fuerzas de combate únicamente sino como elemento de progreso, llevando escuelas donde el analfabetismo es total, instalando puestos de salud en aquellos lugares en donde la población es diezmada por las endemias, construyendo carreteras para incorporar las regiones afectadas a la economía nacional y devolviendo a la población civil la fe en Colombia.

El panorama que hoy se nos presenta es promisorio, las cuadrillas de maleantes que sembraban de muerte y desolación el territorio de la República han desaparecido y los aislados rezagos que todavía subsisten huyen despavoridos y desorganizados a las selvas. Colombia inicia una nueva época, los odios y rencores han quedado atrás pero la influencia de ideologías extranjeras martillarán permanentemente la mente de los inconformes, y ante la posibilidad de una nueva apa-

rición de la violencia, las Fuerzas Armadas se preparan, día y noche, para contrarrestar cualquier situación de esta índole. Planes encaminados a la reivindicación de los territorios nacionales tienen que proyectarse para el futuro y la Acción Cívico-Militar en sus formas asistenciales deberá ser incrementada en todas aquellas regiones en las cuales se puedan explotar las condiciones infrahumanas de los habitantes para subvertir el orden; la educación tendrá que ir como elemento orgánico de las tropas para llevar a la provincia olvidada los conocimientos más fundamentales del saber humano, lo mismo que la técnica agraria para ser divulgada, enseñada y practicada por los habitantes de los más apartados lugares. La salud de que disfruta el soldado deberá contagiarse a la región y los medios a disposición de éste deberán extenderse a la población civil; programas de higiene, salubridad, cultivos, y mecanización de la agricultura, serán los objetivos de la explotación de la pacificación, mientras los Ingenieros Militares se abren paso por entre las breñas, tragadales y selvas para conectar e incorporar las regiones reivindicadas por medio de ca-

rrteras con los centros de distribución y de consumo.

La colonización como factor de soberanía podrá desarrollarse mediante la organización de centros agrarios en las zonas fronterizas, asimismo que a la par de las explotaciones, desarrollo y fomento de la agricultura y la ganadería se extiende influencia nacionalista en la región.

Pero debe considerarse muy cuidadosamente si estas actividades que no tienen afinidad con la profesión castrense podrían ir en detrimento de su misión, creo positivamente que es un paso más hacia la integración nacional y la tranquilidad pública y que no lesiona ni la finalidad ni el prestigio de las Fuerzas Armadas. Ayer se usó la Acción Cívico-Militar como un elemento de combate para devolver la confianza de la población civil en sus Fuerzas Militares; mañana, alcanzada y consolidada la pacificación, es un imperativo categórico para éstas propender por el desarrollo del país en su esfera de influencia y convertirse en un elemento poderoso de producción que sin lesionar los intereses económicos privados, propenda por un mundo mejor para los Colombianos.